

---

# HOMENAJE A ENRIQUE LOW MURTRA

---

*Jorge Iván Bula\**

Señor Rector Doctor Fernando Hinestrosa, señor Decano de la Facultad de Economía Doctor Mauricio Pérez, Doctor Antonio Hernández, Doctor Luis Fernando López, Doctor José Manuel Álvarez, señora Yoshiko de Low, Amalia y Olga Low, amigos y amigas todos.

No puedo dejar de expresar el orgullo que me embarga al haber sido honrado, de manera inmerecida por lo demás, para hablar en nombre de los egresados de nuestra Facultad de Economía, y en particular de quienes tuvimos el privilegio de haber sido alumnos de un Maestro como lo fue, en muchos aspectos a los que he de referirme, el doctor Enrique Low Murtra.

No pudimos ser más afortunados los estudiantes de mi generación por haber cursado dos materias con una persona para quien lo público y, más específicamente, los problemas de la justicia y la distribución eran parte de sus preocupaciones intelectuales y académicas: teoría fiscal y, su corolario, política fiscal. No sólo por el dominio que el doctor Low demostraba sobre el tema, reconocido como una de las grandes autoridades en la materia, sino especialmente por la pasión y por la frescura con que impartía sus clases. Y cuando me refiero a la pasión, deseo destacar cómo buscaba transmitir sus convicciones, producto de su juiciosa disciplina como investigador, sobre el papel de la fiscalidad en la construcción de una sociedad más equitativa y sobre el carácter irrenunciable del Estado como regulador y hacedor de políticas en este ámbito de la economía y en tantos otros que él

\* Doctor en Sociología, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia [jibulae@unal.edu.co]. Palabras pronunciadas en el acto de Homenaje a Enrique Low Murtra celebrado en el Externado de Colombia el 29 de abril de 2011.

consideraba igualmente necesarios. Y hablar de su frescura no es otra cosa que hablar del talante democrático del Maestro Enrique, pues quizás no haya una imagen más marcada en nuestra memoria que su apertura de espíritu para discutir e intercambiar puntos de vista disímiles, con la paciencia y la tranquilidad que siempre demostraba. No recuerdo jamás haber percibido en él, en nuestras discusiones en clase, actitudes que descalificaran o prejuizaran alguna opinión expresada por cualquiera de sus discípulos. Y en la época en la que fuimos sus alumnos, en el momento en que la llamada “lucha de las ideologías” alcanzaba su clímax, esta disposición de tolerancia, de apertura intelectual, y por qué no decirlo, política, contrastaba con el espíritu dogmático reinante entre los adalides de las distintas corrientes que se disputaban los espacios académicos y deliberativos.

Éramos pues depositarios de un vasto conocimiento producto, de una parte, de su bagaje teórico resultante de su férrea disciplina de estudio –supongo quizás heredada de sus genes germánicos– y, de otra parte, de su larga y reconocida experiencia profesional en el sector público que hacían de él precisamente la autoridad por todos reconocida.

Enrique Low era pues un gran académico y, sin la menor duda, uno de los mejores pedagogos de la economía con el que nos hayamos podido topar en el tránsito por estas estimulantes aulas. Tenía la virtud de transmitir los conceptos más complejos, que en una disciplina como la economía suelen ser abundantes, de una manera tan sencilla y cristalina que prácticamente no dejaba resquicios o zonas grises sobre las cuales no hubiese quedado un pleno entendimiento. Salir de una clase de Enrique era como salir, y perdónenme la analogía, de un restaurante de cinco estrellas, porque quedaba la satisfacción de haber sido servido con la obra maestra del chef, cuyo gusto perdura en el paladar aún después de dejar el recinto. Así eran sus cursos. Porque además de irradiar el conocimiento propio de la materia, oírle hablar era ser testigo de su amplia cultura en todas las acepciones del término, de su vasto conocimiento de lo que se llaman las artes liberales, y además de su bonhomía, de la forma siempre respetuosa con la que trataba a sus congéneres.

Esa bonhomía era además reconocida –y la recuerdo muy bien por los comentarios que cuando se es estudiante siempre se hacen de los profesores– por un aspecto que siempre señalábamos de su personalidad y que estaba en boca de todos y cada uno, el de su ternura. Aunque quizás deba hacer una precisión: creo que era una expresión que utilizaban más frecuentemente nuestras compañeras, porque

en nuestra generación –en una época en que la cultura machista se imponía de manera aún más severa– en el género masculino no era bien visto el uso de ese tipo de calificativos, y quizás la forma de expresarlo era asentir con ellas, ante nuestra cohibición para expresar lo que quizás hubiésemos querido vociferar sin ambages: ¡cuán tierno es nuestro Maestro Enrique Low!

Todos esos rasgos, su vasto conocimiento, su sencillez, su cultura, su bonhomía y su ternura seguramente explican su capacidad para cautivar a sus auditorios, pues era imposible distraerse en alguna de sus clases, y créanme que lo digo con conocimiento de causa, porque desde pequeño he sido de esas personas con una alta propensión a abstraerme de la realidad; por fortuna, en muchas otras materias tenía el apoyo de las notas de clase de mis colegas.

Todas esas características de la personalidad de Enrique Low se reflejaban fuera del aula de clase, en los corredores, en la calle donde a veces nos cruzábamos con él, porque a pesar de sus dificultades motrices era un buen peatón –supongo que por ese amor a lo público– y, como directivo de la Facultad, en su propia oficina. Expresión de ello es una anécdota, señor Rector, que me voy a permitir confesar, aunque muy seguramente no sea un secreto para usted. A finales de los años setenta, cuando ingresé a ésta mi Alma Mater, no se había institucionalizado en el mundo universitario la figura de la representación estudiantil, como es hoy ya generalizado en cualquier universidad privada o pública. No recuerdo exactamente el problema que nos aquejaba en ese momento, pero por razones que no es del caso explicar ahora, yo era uno de aquellos estudiantes del curso a quienes se reconocía, o por lo menos eso creo, cierto liderazgo para tomar la vocería del grupo en situaciones insatisfactorias que se pudiesen presentar. Era en ese sentido una especie de representante estudiantil espontáneo de mi cohorte. Quizá fuese algún docente con el que estábamos insatisfechos, o algo de ese tipo. Habíamos elevado, eso sí lo recuerdo bien, una queja formal, y en una de las clases, siendo Enrique el Decano de la Facultad, en frente del grupo me invitó a su oficina, junto a los otros líderes del movimiento, como se decía entonces, a exponer la situación. Nos recibió en su despacho, nos escuchó atentamente, y aunque no recuerdo el desenlace preciso del asunto, lo que sí tengo en mente es que gracias a esa invitación los ánimos se calmaron, y encontramos en el “señor Decano” a un interlocutor dispuesto a dialogar y a buscar una salida al problema. Ese era su espíritu. Su talante democrático, su actitud liberal y progresista que siempre lo caracterizó. Por eso no me extrañó leer en el blog creado por su esposa y sus hijas con ocasión

de este vigésimo aniversario de su muerte que en la Universidad se lo catalogaba como izquierdista-socialista-liberal.

Creo, además, que esa tolerancia que siempre manifestó se apoyaba en un rasgo de su personalidad de mayor trascendencia aún. Enrique Low era una persona profundamente solidaria, incluso en los momentos más difíciles, como es bien sabido de algunas de las situaciones que tuvo que enfrentar, y lo era particularmente con sus estudiantes, gracias a la generosidad que siempre mantenía hacia nosotros.

Tiene pues la figura de Enrique Low Murtra una trascendencia por todo lo que él representó como persona. Como algún ex presidente del país lo describió alguna vez, era todo un “ser moral”. Sin duda una persona de una ética profunda. Si hoy se me preguntase qué fue lo que más aprendí del Maestro Enrique Low, sin vacilación diría que fue su mirada ética de las cosas, su carácter inquebrantable frente a la corrupción, que infortunadamente lo llevó incluso a sacrificar su vida. Buscando en el mágico mundo de internet el archivo de la triste noticia que enlutó a su familia, a sus amigos y a quienes fuimos sus discípulos, encontré en la nota informativa del diario *El País* una frase con la que se recuerda a Enrique y que creo que da cuenta de su tesón: “Me puede temblar la voz pero no la moral”.

Comentando en estos días con una de mis compañeras de clase la honrosa invitación que la Universidad me había hecho para hablar en este homenaje a su memoria, ella me decía que si Enrique Low estuviese aún vivo entre nosotros, diríamos de él con toda certeza que es un hombre bueno, y que no tendríamos que haber esperado su muerte para afirmarlo, porque como dice el adagio popular todos los muertos terminan siendo buenos. Y sólo puedo compartir con ella plenamente esta opinión, siempre vimos en él esa bondad que afloraba casi como a trasluz, por todos los poros de su ser.

Pero su trascendencia, y creo que no podía ser de otra manera, también se manifiesta en el ámbito académico, como buen exponente que era de estos quehaceres, y pienso que la Universidad Externado, en particular su Facultad de Economía, han sido sus más fieles custodios. De alguna manera creo justo afirmar que Enrique Low fue pionero de una corriente interdisciplinaria que se ha abierto paso en las disciplinas jurídicas y económicas, el campo de lo que en el mundo anglosajón se conoce como “Law and Economics”, y que en nuestro ámbito se asemeja al campo del Derecho Económico, si mi apreciación es correcta. Y no podría encontrar terreno mejor abonado, en tratándose de dos áreas del conocimiento de fuerte tradición académica en nuestra Universidad.

Permítame, señor Rector, la siguiente licencia, pidiendo excusas de antemano por lo abusiva que pueda parecer, pero tengo la plena convicción de que la figura de Enrique Low Murtra, como uno de los directivos de esta Universidad y uno de sus más destacados docentes que fue, era la expresión de un perfecto matrimonio, un hombre moralmente libre para una universidad librepensadora, ella también guardiana celosa de la moral y de la ética. Como se dice coloquialmente, estaban hechos el uno para el otro.

Me enteré del asesinato de Enrique a unos cuantos miles de kilómetros de aquí, toda vez que me encontraba haciendo mis estudios de posgrado en el exterior. Recuerdo el estupor, la desazón y la profunda tristeza que sentí al escuchar la noticia, y la impotencia no sólo frente al hecho mismo sino por mi imposibilidad de acompañar a sus seres queridos en las honras fúnebres. Por ello no puedo dejar de expresar mi profundo sentimiento de gratitud a la Universidad por haberme dado la oportunidad de ser hoy uno de los oradores en este homenaje, que de alguna manera compensa mi ausencia en el día que más hubiese querido estar presente para darle un último adiós a mi Maestro. Revisando el blog al que me referí antes, caigo en cuenta de que la edad a la que murió Enrique es similar a la que hoy tengo cuando expreso estas palabras, y me digo a mí mismo que no es posible, ni justo, que una persona a la que es imposible superar, contrario a lo que se espera siempre de los discípulos, haya visto cortada su existencia antes de tiempo, del tiempo que aún habría podido brindarle a su esposa y a sus hijas, a sus amigos y a otras tantas generaciones de estudiantes universitarios que se privaron del privilegio de conocer a uno de los más grandes hombres del siglo XX del cual el mundo académico y político del país haya sido testigo, y el país mismo. Sea esta la oportunidad para unirme a su familia en la remembranza y en la exaltación de su memoria, y en nombre de los egresados de la Facultad y de quienes fuimos sus discípulos decirles que Enrique Low Murtra fue y será siempre nuestro gran Maestro, que reposa en lo más profundo de nuestros corazones y de nuestras mentes.

Mil gracias.